

www.elboomeran.com

LA CÁBALA

THORNTON WILDER

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS Y NOTAS
DE ENRIQUE MALDONADO ROLDÁN



A mis amigos de la American Academy en Roma, 1920-1921.

T.W.

LIBRO PRIMERO

Primeros encuentros

El tren que me llevó por primera vez a Roma llegaba con retraso y estaba abarrotado de pasajeros ateridos. Se habían producido varios parones inexplicables en pleno campo y la madrugada nos encontró aún desplazándonos lentamente a lo largo de la Campaña¹ hacia las nubes tenuemente coloridas que colgaban sobre Roma. Cada cierto tiempo nos deteníamos en andenes donde incandescentes farolillos iluminaban momentáneamente algún espléndido rostro moldeado por el clima. La oscuridad rodeaba estos apeaderos, permitiendo únicamente percibir los primeros metros de alguna carretera y los borrosos contornos de la cresta de alguna montaña. Era el país de Virgilio y soplaba un viento que parecía elevarse desde los campos y descender sobre nosotros en un largo suspiro virgiliano, puesto que la tierra que ha inspirado sentimientos en el poeta, finalmente termina por recibirlos de este.

El tren viajaba sobrecargado debido a que algunos turistas habían descubierto el día anterior que los mendigos de Nápoles olían a ácido carbónico. Llegaron inmediatamente a la conclusión de que las autoridades habían detectado uno o dos casos de cólera y estaban desinfectando los bajos fondos con un sistema de baños obligatorios. El aire de Nápoles genera leyendas. En el repentino éxodo, los billetes con destino a Roma se hicieron imposibles de obtener y los turistas de primera clase viajaron en tercera, mientras que los vagones de primera fueron ocupados por un conjunto variopinto de personas.

1 Los más de dos mil kilómetros cuadrados de tierras bajas que rodean Roma aparecen representados en numerosísimas obras de los siglos XVIII y XIX.

Hacía frío en nuestro vagón. Nos sentamos con los abrigos puestos y meditamos, con los ojos vidriosos por la resignación o la furia. En un compartimento, un grupo, seleccionado de entre esa raza que es la que más viaja y la que menos placer obtiene de ello, comentaba sin descanso la mala calidad de los hoteles; las señoras permanecían sentadas con las faldas enrolladas en torno a los tobillos para desincentivar las incursiones de las pulgas piernas arriba. Frente a ellas se desparramaban tres ítalo-estadounidenses que regresaban a sus hogares en algún pueblo de los Apeninos tras veinte años de negociar fruta y joyas en la sección norte de Broadway. Habían invertido sus ahorros en los diamantes que cubrían sus dedos; sus ojos, anticipando la reunión familiar, brillaban tanto como las piedras preciosas. Era posible prever los rostros atónitos de sus padres, incapaces de comprender el cambio mediante el que sus hijos habían perdido la calidez que la tierra italiana confiere a sus más humildes hijos, percibiendo únicamente que habían regresado con facciones protuberantes, utilizando un lenguaje bárbaro y desprovistos para siempre de la aguda intuición psicológica de su raza. Esperaban a los recién llegados muchas noches desconcertadas y sin sueño sobre el suelo de tierra apisonada del hogar materno y entre los murmullos de las gallinas.

En otro compartimento, una cazafortunas envuelta en pieles plateadas apoyaba una mejilla contra la vibrante ventanilla. Frente a ella, una matrona de ojos relucientes la vigilaba con desafiante persistencia, dispuesta a interceptar cualquier mirada que la chica pudiera lanzar a su amodorrado marido. En el pasillo dos jóvenes oficiales del Ejército recostados contra la pared se pavoneaban y se combaban para lograr ver a la muchacha, como esos insectos de las bellas páginas de Fabre² que realizan el ritual de apareamiento en condiciones que lo

2 El entomólogo y poeta francés Jean-Henry Fabre (1823-1915) es especialmente reconocido por su compilación de textos *Souvenirs Entomologiques*.

hacen inútil, como ante una piedra, únicamente porque se han activado algunos mecanismos asociativos.

Había también un jesuita acompañado por sus estudiantes y ocupaban el tiempo conversando en latín; un diplomático japonés inclinado con veneración sobre una colección de sellos; un escultor ruso que leía sombríamente la estructura ósea de nuestras cabezas; algunos estudiantes de Oxford cuidadosamente vestidos para dar largas caminatas, aunque recorriendo en tren la región de más valor para pasear de Italia; la habitual anciana con una gallina; y el también habitual joven estadounidense boquiabierto. Una agrupación como la que Roma recibe diez veces al día, sin dejar por ello de ser Roma.

Mi compañero leía una copia manoseada del *Times* de Londres, con sus ofertas inmobiliarias, sus ascensos militares y demás. Su nombre era James Blair. Tras seis años de estudios clásicos en Harvard, lo habían enviado a Sicilia como asesor en materia arqueológica para una productora de cine decidida a transferir el corazón de la mitología griega a la gran pantalla. La empresa había quebrado y el personal se había disgregado. Desde ese momento Blair había vagado por el Mediterráneo, encontrando trabajos ocasionales y llenando inmensos cuadernos con sus observaciones y teorías. Su mente desbordaba especulaciones: sobre la composición química de los pigmentos de Rafael, sobre las condiciones de iluminación en las que los escultores de la Antigüedad deseaban que sus obras fueran contempladas, sobre la fecha de creación de los mosaicos más inaccesibles de Santa María la Mayor³. Me permitía tomar notas de todas estas sugerencias y muchas otras, llegando incluso a copiar algunos diagramas en tinta a color. En caso de que naufragara con todos sus cuadernos (algo en absoluto improbable, puesto que cruzaba el Atlánti-

3 *Santa Maria Maggiore*, nombrada Patrimonio de la Humanidad en 1990, es el principal templo de adoración mariana de Roma y una de las cuatro basílicas mayores de la ciudad.

co en embarcaciones oscuras y baratas que no aparecían en los periódicos ni siquiera cuando se iban a pique), sería mi confusa obligación entregar este material al bibliotecario de la Universidad de Harvard, donde su ininteligibilidad podría conferirles un valor incalculable.

Blair abandonó su periódico y se decidió a hablar: Puede que hayas venido a Roma para estudiar, pero antes de que te dediques a los antiguos deberías ver si hay por ahí algún moderno interesante.

No hay ningún doctorado en romanos modernos. Eso lo hará nuestra posteridad. ¿A qué modernos te refieres?

¿Has oído hablar de la Cábala?

¿Cuál de ellas?

Un grupo de gente que vive en Roma.

No.

Son muy ricos e influyentes. Todo el mundo los teme. Se sospecha que están implicados en conspiraciones para alterar el devenir de las cosas.

¿Políticas?

No, no exactamente. A veces.

¿De la gente bien?

Sí, claro. Pero mucho más que eso también. Empedernidos esnobs intelectuales, eso son. *Madame* Agaropoulos está constantemente atemorizada. Dice que cada cierto tiempo descienden de Tívoli y cuelan de soslayo alguna ley en el Senado, inducen algún nombramiento en la Iglesia o expulsan de Roma a alguna pobre dama.

¡Uf!

Es porque están aburridos. *Madame* Agaropoulos defiende que están terriblemente aburridos. Lo han tenido todo desde siempre. Lo más destacado en ellos es su odio por todo lo que sea reciente. Pasan el tiempo insultando los nuevos nombramientos, las nuevas fortunas y las nuevas ideas. Se puede decir por muchos motivos que son medievales. Por su aspecto,

por poner un ejemplo. Y por sus ideas. Los imagino así: ¿has oído algo acerca de los científicos que trabajan en Australia y llegan a regiones donde los animales y las plantas dejaron de evolucionar eras atrás? Encuentran un reducto de tiempo arcaico en mitad de un mundo que ha avanzado mucho más allá. Bueno, la Cábala debe de ser algo parecido a esto. Aquí tenemos a un grupo de gente perdiendo el sueño por un sinfín de ideas que el resto del mundo superó hace siglos: la prioridad de una duquesa para cruzar una puerta antes que otra; el orden de las palabras en un dogma de la Iglesia; la designación de los reyes por gracia de Dios, especialmente en el caso de los Borbones. Siguen estando profundamente apasionados por cuestiones que el resto de nosotros vemos como elementos más bien propios de anticuarios. Lo que es más, quienes abrazan estas ideas no son meramente ermitaños y excéntricos ignorados, sino miembros de un círculo tan poderoso y exclusivo que todos los romanos se refieren a ellos con el aliento entrecortado como la Cábala. Actúan con una sutileza inconcebible, todo hay que decirlo, y tienen recursos increíbles en términos de riqueza y lealtades. No estoy más que citando a *madame* Agaropoulos, que les tiene algo así como un miedo histérico y piensa que son sobrenaturales.

Pero ella tiene que conocer a alguno personalmente.

Por supuesto que los conoce. Y yo también.

Uno no teme a la gente que conoce. ¿Quiénes forman el grupo?

Te llevaré mañana a conocer a una de sus integrantes, una tal *miss* Grier. Es la líder de toda esta camarilla internacional. Yo le catalogué su biblioteca... jamás podría haberla conocido de ningún otro modo. Viví en sus aposentos del palacio Barberini⁴, donde podía percibir el aroma de la Cábala. Junto a ella hay un cardenal. Y la princesa d'Espoli, que está loca. Y

4 *Palazzo* del siglo XVII construido por la familia Barberini, es en la actualidad una de las sedes del Museo Nacional de Arte Antiguo.

madame Bernstein, de la familia de banqueros alemanes. Cada uno tiene algún talento prodigioso; juntos se colocan a kilómetros de distancia del estrato social inmediatamente inferior al suyo. Son tan increíbles que están completamente solos. Estoy citando. Se reúnen en Tívoli y se consuelan como pueden con la excelencia de unos y otros.

¿Se denominan a sí mismos la Cábala? ¿Están organizados?

No lo veo así. Probablemente nunca se les ha ocurrido siquiera que lleguen a conformar un grupo. Mira lo que te digo: estúdialos. Investígalos a fondo, todo su secreto. Esto no es lo mío.